

71-25371

25371

DONACION

45

VICTOR MANUEL ALBORNOZ

ANTONIO VEGA MUÑOZ

CUENCA—ECUADOR

1957

2
1

de Cuenca



GENERAL ANTONIO VEGA MUÑOZ

ARMANDO TESTA

LA VOZ IMPERATIVA DEL CLARIN

na el ataque, ya sea con la bayoneta, con la lanza, con el sable, si la distancia lo permite, o de lo contrario disparando con fuego regular o a discreción, con fuego nutrido o intermitente, con fuego que va en aumento hasta convertir en ascua el cañón de los fusiles. Y cómo estalla el júbilo si el clarín de los combates lleva de uno a otro ámbito el grito inmenso de satisfacción que sale de sus fauces de bronce cuando lanza a los aires el toque de triunfo!

El estrépito del clarín llega al fondo de algunas almas con vibración tan intensa que despierta sus mejores sentimientos, los levanta, los obliga a manifestarse en la acción, en la lucha, en el cumplimiento del deber. El ruido del clarín estremece ciertos corazones que no pueden resistir a ese como temblor sagrado que les impele a salir al campo de la lid, en defensa del ideal que alientan, de la convicción que se han forjado.

Antonio Vega Muñoz es uno de estos predestinados a escuchar incesantemente, dentro de su cerebro, dentro de su pecho, dentro de su espíritu, la voz ululante del clarín que lo llama a moverse, a actuar, a consagrar su vida a la milicia, a esa milicia elevada que no solo es la del soldado en campaña, sino la del ciudadano listo a servir a su Patria en todas las justas del civismo, así en las acciones sangrientas de la guerra como en las batallas incruentas de la paz.

LUCHA CONTRA LA DICTADURA

LUCHA CONTRA LA DICTADURA

Como una llamada que no puede desoír, apenas iniciada la adolescencia, Antonio Vega Muñoz percibe en su interior el eco de un clarín misterioso que sacude sus fibras, las conmueve irresistiblemente, haciéndole soñar tal vez con la gloria y señalándole el rumbo preciso de su vocación. Es así, cómo Antonio Vega Muñoz, a los catorce años de edad, va a la República de Chile, ingresa a la Academia Militar de Santiago y sigue cuidadosamente los estudios durante cinco años, hasta perfeccionarse en las teorías de las artes bélicas.

Ya bien retemplado el ánimo, diestro en las disciplinas de la guerra y con el carácter hecho a perfecta plomada, Antonio Vega regresa a la Patria, precisamente en momentos en que puede poner a prueba su

decisión. El orden constitucional se ha roto: la traición inicua de Veintimilla ha derribado del solio al Presidente Borrero Cortázar, al que trata de defender un ejército leal. Vega se alista en sus filas. No cuenta sino veinte años, pero la bizarría no tiene edad, y en las frías y desoladas laderas de Galte combate con denuedo, como Ayudante de Campo del General Sáenz, habiéndosele dado en el campo de batalla el grado de Subteniente. Mil cadáveres se amontonan allí, para enterrar con ellos durante siete años el estatuto cien veces desgarrado de la Constitución.

Vega conoce entonces el sabor amargo de la derrota, de la persecución. Busca el enaltecido refugio del trabajo, y en las montañas de Gualaquiza se dedica por largo tiempo a la extracción de la corteza de la cascarilla, cuya exportación a los mercados europeos viene a constituir una industria floreciente que en esos años vitaliza la economía rara vez próspera de la provincia del Azuay.

Pero, un día, en el sosiego de su lejano retiro repercute una nueva clarinada, cuyo eco viene desde las lindes meridionales del país, por las cuales avanza un puñado de valientes que, al mando del General Francisco Xavier Salazar se propone echar por los suelos la ominosa dictadura del General Veintimilla, tan ominosa como cualquiera otra dictadura, pues no es el hombre que la practica quien la mancha sino el hecho mismo de ofender la dignidad humana poniendo cadenas a su inmanente libertad. Vega Muñoz acude presuroso, llevando en su compañía un grupo de hombres decididos con el que se une a los restauradores en las faldas del Chimborazo.

Respaldado por la opinión nacional, el ejército de

Salazar acrecienta su indómita bravura. Y a las puertas de Quito, siéntese fuerte y, queriendo demostrarlo, su Jefe escoge a dos de los jóvenes de la flor y nata de las tropas, dos azuayos —el cuencano Antonio Vega Muñoz y el cañareño Luis Gálvez— para que, en alarde temerario, propongan la rendición de la plaza a quien la ha organizado y la defiende heroicamente: la sin par Marieta de Veintimilla. Esta, como única respuesta a los parlamentarios, hace desfilar ante ellos los numerosos batallones a sus órdenes, bien armados y compuestos de veteranos que por su hermosa Generala pueden ofrendar contentos la vida. Desfilan, en larga formación, las tropas dictatoriales. Doña Marieta sonríe orgullosa de su poderío, y, dirigiéndose a Gálvez, le pregunta maliciosamente: “¿Y ustedes cuántos son?” Y Gálvez, el chazo Gálvez, le arroja como metrala la respuesta arrogante: “Señora, somos pocos, pero todos tan valientes como yo!”

Así lo demuestran, luego, al apoderarse de la Capital. El Comandante Antonio Vega Muñoz se destaca en esa jornada gloriosa, junto a sus conterráneos Manuel Nicolás Arízaga, Manuel María Borrero, Alberto Muñoz Vernaza, Antonio Arteaga, Roberto Dávila, Benjamín Lozano y otros.

Mas el Dictador se ha refugiado en Guayaquil. Frente a la ciudad, para finalizar la célebre campaña de Mapasingue, se concentran las fuerzas dirigidas por Salazar, por Sarasti, por Caamaño, por Eloy Alfaro, por Antonio Flores Jijón, hombres de distintas tendencias políticas, de diversas ideologías, de contrapuestos intereses, de antagónicas opiniones, de desiguales propósitos, pero que el amor a la patria y el odio a la tiranía han reunido en una cita de honor, no repetida hasta hoy en la historia nacional.

Antonio Vega Muñoz se cubre de laureles en la toma de Guayaquil el 9 de Julio de 1883 al conducir gallardamente por la Atarazana el batallón que comanda — el “Zapadores de Peiger” — sin temor al fuego nutrido que se le hace, hasta vencer la resistencia de uno de los fuertes del puerto que más trabajo cuesta rendir. A su lado, combaten Alberto Muñoz Vernaza, Pancho Vega y varios cuencanos a los que conduce al triunfo.

La Convención Nacional de 1884 premia los servicios inestimables de Vega con la medalla otorgada a los principales Jefes de la Restauración, confirmándole, además, en el grado de Coronel efectivo.

La espada de Vega ha resplandecido al sol de los combates proclamando, primero, al gobierno establecido mediante elección popular y, luego, enfrentándose valientemente con las fuerzas de la dictadura, hasta verlas caer deshechas y derrotadas al noble impulso de los patriotas que, en junta de él, devuelven al pueblo el derecho a la libertad.

EN DEFENSA DE LA CONSTITUCION

EN DEFENSA DE LA CONSTITUCION

Elegido Presidente de la República Don José Plácido Caamaño, designa Comandante General del Distrito del Azuay a Vega. En tan honroso cargo permanece durante doce años, pues los gobiernos de Antonio Flores Jijón y de Luis Cordero le honran con igual confianza, a la que Vega responde con absoluta lealtad, defendiendo el orden cada vez que se lo altera, pues norma suya invariable es sostener con todas sus fuerzas a los regímenes constitucionales.

A Caamaño lo defiende con las operaciones militares realizadas en Loja el año de 1886, hasta culminar con la victoria obtenida en esa ciudad sobre las tropas del intrépido Coronel Luis Vargas Torres, al que apresa y al que conduce caballerosamente a Cuenca.

A Cordero —mejor dicho a su administración constitucional, pues Don Luis ha renunciado ya la Presidencia y lo reemplaza Don Vicente Lucio Salazar— lo defiende, primero luchando y triunfando en Loja sobre las fuerzas alfaristas y, luego, yendo al sacrificio al presentar combate desigual contra las tropas del General Manuel Serrano en Girón, donde ve caer muerto a su íntimo amigo y denodado compañero de armas el Comandante Don Manuel Mosquera y a cerca de cuatrocientos azuayos que allí van en franco desafío a la muerte, puesto que el ejército enemigo había de imponerse con fuerzas tres veces superiores.

Al amparo de ellas, se proclama también en Cuenca la Jefatura Suprema de Alfaró. Vega, tenazmente perseguido, retírase a sus propiedades de Gualaquiza, donde no puede permanecer por mucho tiempo, pues el pueblo lo llama, lo busca, lo trae, lo elige su Jefe indiscutido y en Gualaceo lo aclama General de la República. Desde entonces sólo se lo denomina así a Vega, pues, como dijo Remigio Tamariz Crespo, más vale un título dado unánimemente por un pueblo valeroso que el que otorgan ciertas Legislaturas, en las que el voto incondicional se vende fácilmente a los intereses políticos o a las imposiciones del gobierno.

Vega, sereno, imperturbable, avanza hacia el norte con su expedición, pequeña acaso en número, pero terrible, porque junto al adalid que la conduce están Alberto Muñoz Vernaza, Miguel Ignacio Vega, David Neira, Moisés Arteaga, Fausto Moscoso, Guillermo Vega García, Aurelio Vázquez, Luis Lazo y los Córdova y los Carrión y los Bravo y tantos otros que cada vez que actúan en el campo del honor, entablan algo así como una competencia de osadía.

Vega ataca en Guangopud y, no obstante la enorme diferencia numérica de su gente, arrolla al contrario y consigue la victoria, que desde ese momento se le vuelve aliada o esclava, pues torna a esperarle con frescos gajos de laureles en Tanquis y en Columbe.

Desde la Provincia del Chimborazo, Vega Muñoz retorna a su tierra, porque acaso un feliz presentimiento le anuncia que es allí donde debe escribir la mejor página de su brillante, insuperable carrera militar.

VICTORIA DEL 2 DE JULIO DE 1838

Ansioso de libertar a Cuenca y de ganarla para el ideal que sustenta, Antonio Vega Muñoz, cuyo prestigio ha llegado a su apogeo, se lanza al frente de ciento veinte hombres contra la guarnición de la plaza, compuesta de seiscientos veteranos bien armados, que se resguardan y atrincheran en el cuartel de la Plaza Mayor, en el edificio del Seminario —que ocasionalmente alberga a un cuerpo de línea—, en la Policía, en las casas de Don José Félix Valdivieso, del Coronel Arsenio Ullauri, de Don José María Montesinos y en otros lugares estratégicos, principalmente de las plazuelas de Santo Domingo y San Francisco.

Antes del ataque, ya hay una víctima: el Mayor Francisco Guillén, fusilado por orden del Coronel León

Valles Franco, que acaso se propone hacer lo mismo con el Dr. Rafael María Arízaga, el Dr. Miguel Peña Jaramillo y su hermano el diácono Sr. Ignacio Peña Jaramillo, Don Alfonso María Borrero, Don Luis Muñoz y Don Luis Gálvez, presos desde la noche anterior y que se los mantiene atados en sendos pilares del cuartel esperando decidir su suerte. El historiador imparcial tiene que reprochar ese cobarde asesinato, así como los vejámenes a los prisioneros y los incontables abusos cometidos por el citado Valles Franco, el Comandante Juan B. Mármol, el Comandante Panza y otros jefes militares que, prevalidos de la situación, ponen de manifiesto la fiereza de sus sentimientos.

Entre el indeciso clarear del alba, los hombres de Vega se precipitan desde El Vecino y se desparraman por las calles de la ciudad, dándose a conocer con el grito que constituye su inolvidable lema: "Dios y Patria". Antonio Vega se multiplica, dando órdenes, recibiendo noticias, indicando lo que hay que hacer y lo que se debe evitar.

La guarnición militar hace tenaz resistencia durante varias horas, pero cede poco a poco, reconcentrándose al fin solo en la Plaza Mayor, que, bien atrincherada como está, la creen inexpugnable.

De pronto, las campanas de Santo Domingo comienzan a repicar accionadas por Moscoso, Harris, Arízaga, Almeida y Luis Arcentales, y las de los otros templos de la ciudad echan también a volar sus bronces. No, no se trata todavía del triunfo, pero esos sones jubilosos lo presagian.

Como si el tañido alegre de las campanas hubiese sido tácita señal, la población en masa se lanza tam-

bién desde ese momento a combatir. Del zaguán de las casas opulentas o en medianía, de las tiendas, de todas partes, surgen hombres armados ya de un rifle, de una escopeta, de lanzas, de estoques, de machetes, de martillos, en una palabra, del arma que poseen, no siendo pocos los que sólo esgrimen en desafío al enemigo el garrote para tundir cabezas o la piedra para lanzarla como proyectil en la honda davídica de su audacia.

Del pecho robusto de todos esos valientes sale un himno marcial que, en esos momentos solemnes, tiene toda la grandeza de un juramento:

El Azuay a sus héroes congrega;
¡Dios y Patria! es su heroico clamor.
¡A las armas! marchemos con Vega,
a vencer o morir con honor . . .

Hoy el cielo escuchó tu plegaria,
y tus hijos ¡oh Patria! juramos
que a salvarte o morir avanzamos
y con sangre a lavar tu baldón . . .

¡A las armas! volemós felices,
pues ya brilla la plácida aurora
de ser libres; sonó ya la hora:
¡a las armas! ¡al campo de honor!

Y al campo del honor acuden, resueltos, esos varones. Pero no van solos. Junto a ellos se arremolinan mujeres heroicas, blandiendo unas el cuchillo en la mano, otras sosteniendo las vasijas de agua hirviente o de concentración de ají para arrojarlas al rostro de los contrarios.

Hasta los niños hacen un juego de su valentía. Agitando pequeñas banderas azules, cruzan sin miedo entre las balas y van de uno a otro lugar llevando a los combatientes los cartuchos que arrebatan de las cananas de los muertos o heridos: sublime deporte de niños cuencanos que así se adiestran en la serenidad para las difíciles jornadas de mañana!

Las matronas más respetables —las hermanas de Vega, las Toral, las Jáuregui, las Muñoz, las Cordero, las Córdova, las Astudillo, las Bravo, las Tamariz, las Crespo, cien damas de alcurnia más— salen a los balcones para alentar con palabras enardecidas a los combatientes que pasan sudorosos, jadeantes, pero llenos de entusiasmo y de valor. Ya son los Jefes u oficiales: Antonio Vega Muñoz, Alberto Muñoz Vernaza, Miguel Ignacio Vega, Luis H. Lazo y su hijo Miguel, Sebastián y Fausto Moscoso, Ulises Chacón Martínez, Darío Rogelio Astudillo, Juan de Dios Corral, Celso y Guillermo Fernández de Córdova, Daniel Urigüen, Pío Bravo, Roberto Jerves Machuca, José Arízaga, Augusto Arteaga, Camilo y Vicente Corral, Aurelio Vázquez, Julio Serrano, el Mayor Eliseo Riquetti Díaz, Modesto Cobos, Armando Abad, Luis Muñoz, Francisco Salcedo, Miguel Jáuregui, Elías Dávila Ledesma, Francisco Talbot Niemes, Barsallo, Granda, Carlos Farfán . . . Ya son los soldados, los artesanos valientes, dispuestos a derramar su sangre por Dios y por la Patria: Mariano Quinde, Daniel Parra, Eloy Galán, José Landín, Ezequiel Astudillo, Salvador Merchán, Luis Avila, Jaime Cabrera. . ., Imposible enumerar a tantos héroes, cuyas hazañas jamás debiera cubrirlas el olvido.

También combate ese día y cae herido en las calles de Cuenca un extranjero misterioso que acompaña a Vega desde Guasuntos diciendo ser mexicano y lla-

marse Arturo Márquez de la Plata. Hombre cultísimo, de modales finos y de gran inteligencia y valor, según cierta leyenda es nada menos que el Príncipe heredero del trono de Austria, que precisamente por esa época desaparece de su patria después de ser protagonista de un intenso drama familiar. Realidad o fantasía, en todo caso se trata de un hombre que, por razones desconocidas, busca ansioso la muerte, pero quiere encontrarla frente a frente, acaso como a una amiga a quien entregar su secreto.

Mujeres cuencanas —encabezadas por Rosario Crespo y Manuela Bahamonde— se apoderan del cuartel del Seminario y ponen en fuga a los defensores.

Tomado también el cuartel principal, así como los demás reductos de las tropas alfaristas, éstas se declaran totalmente en derrota, entregándose prisioneros cerca de cuatrocientos individuos, entre ellos el Jefe León Valles Franco, a quien se lo halla disfrazado de indio, listo para la fuga: ya dijo Víctor Hugo que los buitres asustados son más cobardes que gorriones.

Antonio Vega, siempre magnánimo, impide el fusilamiento de Valles Franco, que los vencedores le piden insistentemente para vengar la muerte de Guillén; pero él se niega y lo entrega a los jueces, pues jamás acostumbra saciar venganzas, antes se place en ser generoso con el vencido.

Para remate áureo de tan espléndida victoria, Vega designa Jefe Civil y Militar del Azuay al benemérito patricio Dr. D. Rafael María Arízaga, quien en el breve lapso de ejercicio de su cargo se preocupa de mejorar la situación de Cuenca en lo administrativo y en lo moral, sentando bases de rectitud y justicia.

DEFENSA HEROICA DE CUENCA

El General Alvaro comprende que para recobrar Cuenca y alejar a Vega es preciso organizar un ejército poderoso, perfectamente equipado y dirigido por los militares más hábiles de que dispone. Así lo hace: reúne cerca de cuatro mil hombres, llama a los Jefes más prestigiosos y, no queriendo confiar el mando general a nadie, él mismo se pone al frente de las tropas. Embárcase en Guayaquil; pasa al Oro; cruza el Jubones; avanza por Yunguilla y Girón; sigue por las alturas de Irquis; llega a orillas del Tomebamba, lo cruza y en Balsay acampa su ejército, listo a la pelea.

Entre las sombras de la noche, truenan los cañones de Alvaro, anunciando su presencia. La ciudad se mantiene en expectativa ansiosa, pero apenas amaneció

ce el 22 de Agosto de 1896 se oye el rápido paso de los batallones de Vega que van a buscar su puesto de lucha entonando marciales cánticos.

A las armas ¡valientes azuayos!
Dejad todos familia y hogar,
que la Patria se encuentra en peligro
y es preciso a la Patria salvar . . .

¡Compatriotas, si es tal nuestra dicha
que muramos con honra y valor,
nada importa perder nuestra vida:
Dios y Patria es insignia de honor!

A esos valientes no les arredra nada. Quieren triunfar, es claro; pero, si no lo logran, están listos al sacrificio de su vida. Así lo repiten doquiera en el coro de su canción de guerra:

El Azuay a sus héroes congrega,
¡Dios y Patria! es su heroico clamor;
¡A las armas! marchemos con Vega,
a vencer o morir con honor!

Cada uno en el lugar que se le ha señalado, los defensores de Cuenca esperan serenamente al enemigo, a pesar de ser éste seis veces superior en número. Otra desventaja suya es la carencia de buen armamento y la falta casi absoluta de municiones, por lo que, utilizando casquillos usados, se improvisan algunos miles de cartuchos que trabajan mujeres entusiastas dirigidas por el Dr. Alberto Tamariz Carrión, Don Víctor Vintimilla y Don Manuel Castro: el tiro certero suplirá a la escasez, esa es la norma, y la cumplen fielmente.

El batallón "Esmeraldas", compuesto de setecientos negros armados de fusiles y machetes, se adelanta brioso al mando de su intrépido Jefe el Coronel Manuel López Arteta. Los cuencanos, comandados por Jacinto Ortiz y Luis Lazo H. aguardan impávidos la embestida y, cuando ya está cerca el adversario, disparan y traban lucha, hasta que el batallón de costeños queda casi extinguido, pues no pasan de cincuenta los sobrevivientes.

Transcurren las horas en medio del estrago. Se generaliza el combate. De parte y parte admiranse prodigios de valor. Los alfaristas intentan con reiterado empeño forzar la defensa e introducirse en la ciudad; pero los cuencanos no los dejan, realizando proezas increíbles. Luis Gálvez, Gálvez el temerario, trata de arrebatarse una bandera enemiga y sin medir el peligro precipitase a caballo sobre una columna de macheteros que lo despedazan con sus filudas armas. Y extremado asimismo la bravura, también sucumben: Jacinto Ortiz, Jerónimo Cisneros, el Dr. Luis Antonio Harris, el Dr. Ezequiel Almeida, Elías Rodríguez, David Granda, José Regalado —autor de una de las canciones guerreras que cité— y un grupo destacadísimo de estudiantes de Colegio que, no obstante su edad, se enrolaron en las filas de Vega: ¡loor a Carlos Alberto Córdova, José M. Cordero, Salvador Neira, Antonio Naranjo, Luis Arias! Y cien cuencanos más ruedan en el polvo envueltos en su propia sangre.

Según las incidencias de la prolongada lucha, el General Vega Muñoz y el Dr. Rafael María Arízaga, gallardeando en piafantes corceles, van y vienen del campo de combate a la ciudad, mientras dictan las providencias más convenientes y alientan a todos con

frases de amistosa cordialidad.

Mas, oh desgracia, he aquí que ven caer gravemente herido, atravesado los pulmones por una bala, al ilustre Coronel Alberto Muñoz Vernaza, a quien se apresuran en prestarle auxilio y llevarlo a lugar seguro. Otro doloroso espectáculo se provoca cuando el esforzado Teniente Coronel Don Miguel Ignacio Vega es alcanzado en Balsay por una granada que le destroza el brazo y le deja profundas señales en todo el cuerpo. Y también son heridos el anciano Teniente Coronel Don Andrés Crespo —tío del Presidente Luis Cordero— y Salvador Solano, Luis Arcentales, Remigio Moscoso, Miguel y Luis Fidel Lazo, Benjamín Sojos, Miguel Merchán y tantos y tantos otros.

Después de veintiséis horas de intenso, terrífico batallar, en el que, como lo declara noblemente el General Don Fidel García, Jefe de Estado Mayor General del ejército alfarista, el pueblo cuencano se presenta "admirable por su valor, arrojo y tenacidad"; después de esas veintiséis horas de inaudito heroísmo, las tropas enemigas —que sufren más de mil doscientas bajas— logran vencer la resistencia. Y el General Alfaro entra a Cuenca, que lo recibe en silencio y soledad

VIDA EN LA POSTERIDAD

VIDA EN LA PATRIADA

He recordado episodios gloriosos de la historia comarcana, que merecen repercusión nacional. Viven todavía algunos actores y testigos: ellos, igual que los muertos, conocidos unos e ignorados otros, deben ser recordados, no ya con criterio de exclusivismo de bando o partido, sino con generosa amplitud de comprensión, reconociendo que lucharon sin ambiciones mezquinas, sólo en sustentación de un ideal sinceramente tenido por bueno y al que sirvieron con indeclinable voluntad. Las acciones de armas de entonces constituyen gloria para Cuenca, porque prueban la capacidad de sus hombres para revestirse de los raros atributos del heroísmo, practicado ya en forma personal o ya en amplia manifestación genuinamente popular.

Mas, después del recuento de tantas hazañas, se hace indispensable preguntar: ¿Quién inspira, quién anima esos hechos inmarcesibles? ¿Quién graba, con letras de fuego indeleble las fechas del 5 de Julio y del 22 de Agosto de 1896, en que Cuenca se convierte en un bosque de laureles con los que no alcanza a coronar a sus héroes?

¿Quién? La verdad da la respuesta inmediatamente: Es el General Antonio Vega Muñoz, el caudillo indiscutible del Azuay —caudillo, en el mejor de los sentidos—, el ídolo de sus querencias, el que posee un poder subyugador sobre los corazones de sus conterráneos, que lo reconocen como guía en materias políticas y como hábil capitán en los menesteres de la acción.

Inspira simpatía invencible, que no se borra y antes se acrecienta día a día. Y ese atractivo sin par lo ejerce en amigos y enemigos, pues para ello basta conocerlo y gozar de la delicia de su trato cortés, ameno, en que la bondad cubre de mieles la entereza del ánimo.

Señor de sí mismo, señor entre los demás. Señor en los salones, en los clubes, en las casas humildes, en el campamento y en medio de la lid. Gusta del bien vivir, y quiere que en ello participen cuantos le rodean. Le deleita la música, le complace el baile, saborea el buen licor, se encanta en la conversación, atrae a las damas, la juventud lo admira, los compañeros le son leales y en donde se presenta sólo encuentra afecto y adhesión.

Generoso con todos, tiene innumerables rasgos de munificencia. En ocasiones, quítase las propias pren-

das de vestir para darlas a sus soldados, con quienes comparte en las campañas todas las penalidades y vicisitudes. Jamás niega apoyo a los vencidos, a los infelices derrotados, a quienes siempre trata con bondad que se extrema al despedirlos alargándoles su mano generosa. Si en la fiesta falta un piano, lo manda adquirir de inmediato y, sin ningún alarde, lo regala al dueño de la casa en donde se halla. Si participa en los juegos de carnaval, riega los perfumes más costosos y hace caer sobre los concurrentes una lluvia de auténtico polvo de oro, traído para él de los lavaderos auríferos del Sigsig.

Si en los hogares opulentos es la figura principal, lo es igualmente en los tugurios, a los que no se desdén de entrar, no pregonando democracia, sino ejercitándola sin alarde, sin decirlo, llanamente.

Todos lo quieren, todos lo miran con respeto. Lo consideran —en acuerdo tácito o en asamblea popular— siempre el Jefe, el Capitán de las grandes empresas, el Caudillo, el Guía, el Conductor.

Sólo él puede llevar esos hombres a la victoria; sólo él puede mantenerlos resignados y tranquilos en la derrota. Sólo él puede conducirlos a campañas temerarias. Sólo él puede mover a una ciudad entera para arrojar a los extraños. Sólo él puede vencer a enemigos siempre en mayor número, como si el destino se complaciera en suscitarlos para que sobreponga el ánimo y agigante el esfuerzo.

El clarín de la fama hoy suena otra vez con prolongado clangor para decir que el General Antonio Vega Muñoz es de esa clase de personajes que superviven en un día sin crepúsculo.

El vencedor en Tanquis y Pangor, en Loja y en Cuenca; el gloriosamente vencido en Girón y Balsay; el adalid sin tacha, de alma magnánima y corazón sin dobleces; el paladín sin miedo, forjador de hazañas en los yunques del heroísmo; el Caudillo de campañas legendarias, el dominador de multitudes, el ídolo del pueblo, el General Antonio Vega Muñoz no ha muerto, no puede morir en el recuerdo agradecido de su pueblo.

La Historia le alzaré su pedestal, y allí se lo verá siempre, tal como antes, en su corcel de batalla, enhiesto, con la cerviz erguida, en actitud de mando, ejercido —más que con la espada fulmínea— con el clarrear relampagueante de su mirada, mientras de sus labios brota otra vez, como clarinada de orden imperativa, la consigna inmortal: Dios y Patria.

Para las personas interesadas en conocer mayores detalles respecto a la vida de Don Antonio Vega Muñoz, me ha parecido conveniente dar a continuación su partida bautismal y la de su esposa, el parte de su matrimonio, la hoja oficial de sus servicios militares hasta 1891 y, finalmente, una síntesis que he hecho de las acciones de armas en que participa Vega, después de la fecha últimamente indicada, hasta ocurrir su muerte.

V. M. A.

PARTIDA BAPTISMAL DE ANTONIO VEGA MUÑOZ

En el año del Señor de mil ochocientos cincuenta y seis, en nueve de Abril, siendo yo el Dr. Lucas Iglesias Cura Rector, bautizó con mi licencia el Doctor Mariano Borja a Antonio Florentino, **Antonio Florentino** hijo legítimo de Antonio Vega y Victoria Muñoz; fueron sus padrinos Francisco Febres Cordero y Ana Muñoz. Y para que conste lo firmo.

(Hay una rúbrica)

(ARCHIVO DEL SAGRARIO DE LA CIUDAD DE CUENCA, Libro de Bautizos desde Abril 1º de 1854 a Julio de 1861. Folio 156, vuelta.

Los padres de Antonio Vega Muñoz fueron Don Antonio Vega Dávila y Doña Victoria Muñoz Cárdenas. Lo apadrinaron en el bautizo su tía carnal Doña Ana Muñoz Cárdenas y el esposo de ésta Don Francisco Febres Cordero y Montoya, o sea los padres del Hermano Miguel de las Escuelas Cristianas.

Antonio Vega Muñoz nació en la casa de propiedad de Don Bernardo Muñoz Ruilova, situada en la calle "Bolívar" de esta ciudad, a media cuadra de la Plaza Mayor. Hasta hoy se la conserva, y sirve en la actualidad de Curia Diocesana.

**PARTIDA DE NACIMIENTO DE LA ESPOSA DE
DON ANTONIO VEGA MUÑOZ**

En el año del Señor de mil ochocientos sesenta y seis, en catorce de Agosto, siendo yo, José Antonio Vargas Cura Rector del Sagrario y Canónigo honorario de esta Santa Iglesia Catedral de Cuenca, bautizó solemnemente el Señor Canónigo honorario y Cura Excusador de esta Don Ignacio Marchán a María Teresa Victoria de la Asunción (nacida de dos días), hija legítima de los señores Don Tomás Toral y Jesús Malo; fueron los padrinos los señores Luis Malo, Comandante General de esta Provincia, y Rosario Toral de Malo, a quienes advertí su obligación. De que certifico y firmo.

f.) JOSE A. VARGAS

(Libro XLIV de Bautizos, página 71, vuelta, de la Parroquia de El Sagrario de Cuenca).

PARTE MATRIMONIAL

—
A V M — M T T

ANTONIO VEGA MUÑOZ

y

MARIA TERESA TORAL

participan a Ud. su enlace.

Cuenca, Julio 13 de 1885

C. CAMACHO, Guayaquil .

**HOJA DE SERVICIOS DEL CORONEL DE INFANTERIA
DON ANTONIO VEGA MUÑOZ**

REPUBLICA DEL ECUADOR

Ejército Permanente

Plaza de Cuenca

Hoja de servicios del Coronel de Infantería de Ejército

D. Antonio Vega Muñoz

Su país, Cuenca; su edad 35 años, 8 meses, 23 días; su salud completa, y sus servicios y circunstancias los siguientes:

Tiempo que empezó a servir los empleos

Empleos	Días	Meses	Años
Subteniente de Guardia Nacional	28	Stbre.	1.876
Teniente Coronel	29	Dcbre.	1.882
Grado de Coronel	11	Enero	1.883
Efectividad de Coronel	15	Stbre.	1.883

Tiempo que ha que sirve, y cuánto en cada empleo:

Empleos	Años	Meses	Días
De Subteniente de Guardia Nacional		2	17
De Teniente Coronel			13
De Coronel Graduado		8	4
De Coronel Efectivo	8	3	16
Total del tiempo que pertenece al Ejército, hasta el 31 de Diciembre de 1891	9	2	20
Tiempo que no ha pertenecido al Ejército, por haber dejado de ser Subteniente de Milicias	6		14
Tiempo transcurrido desde el 28 de Setiembre de 1876 hasta el 31 de Diciembre de 1891	15	3	4

CUERPOS Y OFICINAS EN QUE HA SERVIDO

Empleos	Años	Meses	Días
En el Batallón "Leales del Azuay" desde el 28 de Setiembre de 1876 hasta el 15 de Noviembre del mismo año, a órdenes del Teniente Coronel D.D. Pablo Chica Cortázar.		1	17
En la Columna "Dos de Octubre", a órdenes del Comandante D. Manuel E. Avilés, desde el 15 de Noviembre expresado hasta el 14 de Diciembre de 1876		1	
En la Columna "Oriente", como primer Jefe, desde el 29 de Diciembre de 1882 hasta el 10 Febrero de 1883		1	12
En el Escuadrón "Lanceros de Peiger", como primer Comandante, des-			

Empleos

	Años	Meses	Días
de el 10 de Febrero expresado hasta el 18 de Abril de 1883.		2	8
En la Columna "Peiger", como id. desde el 18 de Abril referido hasta el 28 del mismo mes y año.			10
En el Batallón "Zapadores de Peiger", como id. desde el 28 de Abril de 1883 hasta el 27 de Setiembre del mismo año		4	29
En comisión, destinado a la primera Comandancia de un cuerpo que debía formarse en Cuenca, desde el 27 de Setiembre de 1883 hasta el 30 de Octubre del mismo año.		1	4
En servicio, destinado a la Comandancia General del Distrito del Azuay; desde el 28 de Noviembre de 1883 hasta el 17 de Diciembre del mismo año.			20
En la Comandancia General del Distrito del Azuay; desde el 18 de Diciembre de 1883 hasta el 14 de Mayo de 1886	2	4	27
En la Jefatura de Operaciones del mismo Distrito, como Jefe de Operaciones, desde el 15 de Mayo de 1886 hasta el 12 de Marzo de 1887.		9	26
En la Comandancia General mencionada, como Comandante General, desde el 13 de Marzo de 1887 hasta el 31 de Diciembre de 1891.	4	9	19
Total de servicios hasta el 31 de Diciembre de 1891.	9	1	22

Empleos	Años	Meses	Días
Sin carácter militar, del 15 de Diciembre de 1876 al 28 de Diciembre de 1882; y sin colocación, del 31 de Octubre al 27 de Noviembre de 1883.	6	1	12
Queda comprobado el tiempo transcurrido desde el 28 de Setiembre de 1876 hasta el 31 de Diciembre de 1891.	15	3	4

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA

Hizo la campaña de 1876, en favor del Gobierno Constitucional de entonces, y en contra de la revolución del "Ocho de Setiembre" del mismo año. Perteneció a la campaña de la Restauración, a las órdenes del Excmo. Sr. Director de la Guerra D.D. Francisco J. Salazar. Se encuentra en la campaña actual, principiada el 17 de Noviembre de 1884.

Fue uno de los combatientes en la batalla de Galte, que tuvo lugar el 14 de Diciembre de 1876. Perteneció al combate del "Diez de Enero de 1883", que dió por resultado la toma de la Capital por las fuerzas restauradoras. Combatió el "Nueve de Julio de 1883", fecha en que se verificó el triunfo completo del Ejército Restaurador, con la toma de la ciudad de Guayaquil. Dirigió como Jefe de Operaciones, el combate que tuvo lugar el "Siete de Diciembre de 1886", en la ciudad de Loja, y triunfó de los revolucionarios del Sur, parapetados en ella, desde el dos del mismo mes y año que la ocuparon por la fuerza.

CONDECORACIONES

En 1883 obtuvo de la M. I. Municipalidad de Cuenca una medalla de plata y el correspondiente diploma por las batallas de Quito y Guayaquil. En 1887 obtuvo de la M. I. Municipalidad de Loja una medalla de oro en premio de haber dirigido el combate del "Siete de Diciembre de 1886". En 1888 obtuvo del Supremo Gobierno una cruz de honor y el respectivo diploma por haber combatido en Loja contra la montonera encabezada por don Luis Vargas Torres.

NOTAS

Valor acreditado.
 Capacidad sobresaliente.
 Instrucción id.
 Conducta muy buena.
 Estado, casado.

(f.) JULIO SAENZ.

El Gral. Ministro de la Guerra,

INFORME

La presente hoja de servicios está legalmente comprobada con los documentos que existen en este Ministerio.

(f.) JULIO SAENZ.

El Gral. Ministro de la Guerra,

31 de Diciembre de 1891.

OTRAS ACCIONES DE ARMAS EN QUE VEGA TOMA PARTE

1892 a 1895.— Vega continúa de Comandante General del Azuay. Después de la renuncia del Presidente Constitucional Dr. Luis Cordero, al hallarse Encargado del Poder el Dr. Vicente Lucio Salazar, el Coronel Vega Muñoz, en ejercicio de su cargo, trasládase a Loja, combate con las tropas que en esa ciudad han proclamado la Jefatura Suprema de Don Eloy Alfaro, triunfa sobre ellas y recupera la plaza.

Agosto 23 de 1895.— Defendiendo al Gobierno constitucional, en Cuchipirca, cerca de Girón, combate con las tropas arfaristas dirigidas por el Coronel Manuel Serrano, superiores en número, las cuales obtienen la victoria, determinando así que, el día siguiente, se declare en Cuenca la Jefatura Suprema de Alfaro.

Junio 16 de 1896.— Vega triunfa en Guangopud (provincia del Chimborazo) sobre las tropas alfaristas comandadas por el Coronel Moscoso.

Junio 18 - 19 de 1896.— Obtiene nueva victoria en Tanguis sobre las fuerzas alfaristas ya reforzadas por tropas de Riobamba y Cuenca.

Junio 20 de 1896.— Una vez más, alcanza el triunfo en Columbe.

Julio 5 de 1896.— En denodada lucha, Vega toma la plaza de Cuenca, derrotando la guarnición alfarista y apresando al Jefe de ella, Coronel Belisario Torres, y a cerca de cuatrocientos individuos, entre oficiales y soldados.

Agosto 22 de 1896.— Defiende valerosamente la plaza de Cuenca, pero es vencido por el General Don Eloy Alfaro, quien, al mando de sus tropas —superiores en número a las de Vega— entra al día siguiente a la ciudad.

1897 - 1898.— Es perseguido tenazmente por el gobierno alfarista ya establecido en la República.

1899 - 1900.— Se expatría. Reside primeramente en Lima (Perú), luego va a Colombia, para entenderse con los ecuatorianos allí desterrados que se proponen derrocar el gobierno de Alfaro. Reside principalmente en Panamá.

1901.— Retorna al Ecuador.

1902 - 1904.— Dedícase a trabajos agrícolas en las propiedades de la familia Morla, en Yaguachi.

1906.— El General Alfaro derriba del Poder a Don Lizardo García y proclama la Jefatura Suprema suya. Vega Muñoz se propone combatir a Alfaro, para lo que se une al Dr. Gonzalo S. Córdova, quien fue Ministro de Estado en el gobierno de García.

Diciembre 9 de 1906.— En Ayancay, cuando sólo se hallaba con sesenta partidarios suyos es sorprendido por las fuerzas de Alfaro, las cuales, tras corta lucha, lo toman prisionero en junta de sus subalternos.

Diciembre 10 de 1906.— Acaece la muerte de Vega Muñoz.

INDICE

INDICE

	<u>Págs.</u>
La voz imperativa del clarín	7
Lucha contra la dictadura	11
En defensa de la Constitución	17
Victoria del 5 de Julio de 1896	23
Defensa heroica de Cuenca	31
Vida en la posteridad	37
Mayores detalles	43
Partida bautismal de Antonio Vega Muñoz	45
Partida Bautismal de Doña María Teresa Toral de Vega	46
Parte matrimonial de los esposos Vega - Toral	46
Hoja de servicios del Coronel de Infantería Don Antonio Vega Muñoz	55
Otras acciones de armas en que Vega toma parte	55

7	La voz imperativa del tiempo
11	Los cuentos de la infancia
17	En defensa de la construcción
23	Victoria del 5 de Julio de 1898
31	Defensa jurídica de Cuenca
37	Viva en la posteridad
43	Manos amigas
49	Partido cantonal de Antonio Viteri
49	Partido cantonal de Don Juan Torres y Vega de Vega
49	Partido cantonal de los señores Vega y Torres
55	Historia de los señores del Cantón de Jalisco DON ANTONIO VEGA TORRES
59	Una sección de la historia de Don Juan Torres y Vega

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA MUNICIPAL FUE IMPRESA ESTA PUBLICACION EL DIA 7 DE ENERO DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y SIETE, AÑO DE CELEBRACION DEL IV CENTENARIO DE LA FUNDACION DE LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE SANTA ANA DE CUENCA DEL ECUADOR.